

CAPÍTULO 1

¿CUÁNTAS LENGUAS HAY?

Ésta es siempre una de las primeras preguntas que hacen los no lingüistas. Nuestra cultura está muy interesada por la cuantificación de las cosas pero la pregunta va más allá: como nuestra lengua es algo tan propio, tan exclusivo, las lenguas extranjeras siempre han sido un misterio desde la antigüedad. El mito de la Torre de Babel intentaba explicar por qué hay lenguas distintas; los griegos llamaban *bárbaros* a todos los extranjeros, pero la palabra sólo significa «tartamudo» y se refería a la incapacidad de aquellas gentes para expresarse en griego¹. Ejemplos semejantes se encuentran por todas partes del mundo y desembocan en multitud de chistes y comentarios jocosos acerca de las lenguas extranjeras: «fíjate si son raros los alemanes, que a las patatas las llaman cartofles».

Por si todo esto fuera poco, dentro de cada lengua existe una diversidad que los hablantes no consiguen explicarse; a menudo se dice que tales gentes «hablan mal», «se comen las letras» y cosas por el estilo. Todo ello conduce siempre a un mismo punto de partida: «la única lengua de verdad es la

¹ Solemos actuar como si quienes no hablan nuestro idioma tuvieran algún defecto físico. Por ejemplo, hablamos a un extranjero en voz muy fuerte para hacernos entender, como si fuera sordo.

mía»; no es tan raro, pues los nombres de muchísimos pueblos de todo el mundo los identifican como las «personas de verdad» y esa identificación suele basarse sobre todo en el uso de una lengua determinada. Hasta tal punto es esto moneda corriente, que suele existir una identificación entre grupo étnico y lengua en todas partes y que, hay que decirlo, suele ser correcta con frecuencia pero no siempre. Si un granadino, un canario, un argentino pierden su acento y hablan con el de otra región de lengua española, habrán perdido algo de su identidad étnica y personal, de ahí que tanta gente desplazada de su lugar de origen intente mantener algo de sus peculiaridades lingüísticas (a menos que quiera integrarse por completo en su nuevo entorno). Finalmente, aprender una lengua extranjera es para nosotros una tarea ardua y que rara vez alcanza la culminación deseada: seguiremos hablando como extranjeros, seremos incapaces de usar la lengua con total corrección e idiomática, no nos sentiremos cómodos en una lengua que no es la nuestra; ciertamente, hay personas que consiguen aprender una o más lenguas extranjeras prácticamente a la perfección de manera que se les puede confundir con nativos, pero son sin lugar a dudas los menos².

De manera que la diversidad lingüística es un misterio y con frecuencia llega a convertirse en un inconveniente grave. Saber cuántas lenguas hay no es una pregunta tonta, ni mucho menos.

Lo malo no es la pregunta, sino la respuesta: no sabemos exactamente cuántas lenguas hay, ni es posible saberlo. Aquí manejaré una cifra aproximada: 5.000, aunque quizá sólo sean 3.000; el recuento más amplio que existe habla de unas 6.700, incluyendo algunas ya extintas, pero no podemos asegurar que todas ellas sean «lenguas distintas». No todo el mundo está de acuerdo con las cifras de lenguas y de hablantes que se ofrecen en el *Ethnologue*, que es donde se proporciona esa cifra de 6.700 lenguas; personalmente, creo que habría que rebajarla. Enseguida veremos el caso de España, que puede ser significativo a este respecto, aunque sea sólo porque nos resulta más familiar e inmediato: creo que habría que eliminar varias de esas supuestas lenguas o, a la inversa, aumentar el número.

El número de lenguas del mundo nos dice muy poco. Sólo que hay muchas pero no tantas como podría haber. Algunas tienen muchos millones de hablantes (vea el apéndice B), otras, muy pocos, incluso mucho menos del centenar. Además, están repartidas de forma muy irregular: América tiene alrededor del 15 por ciento de las lenguas que existen; más del 30 por cien-

² Aunque, a decir verdad, éste es sobre todo un problema de nuestro ámbito cultural. Por el mundo existen muchos pueblos donde el bilingüismo, o el multilingüismo, es cosa de todos los días, incluso la situación normal.

to está en África, nada menos que el 32 por ciento en Asia y 19 por ciento en el Pacífico (incluyendo Australia), y sólo el 4 por ciento se reparte por Europa y Oriente Medio.

Pero la distribución de las lenguas por el mundo es más curiosa aún si la vemos por países (que, como bien se sabe, no trazan sus fronteras teniendo en cuenta las lenguas). A veces, algunos se quejan de que en España haya «tantas lenguas»; pues bien, nada menos que nueve países tienen cada uno más de 200; pero es que Camerún, con sólo doce millones de habitantes y una extensión que es poco más del tercio que la de España, tiene 270 (compare: en toda Europa se cuentan 225 como máximo), si bien las 380 habladas en la India le sacan buena ventaja. Pero no es nada. Nigeria tiene 450 e Indonesia 670. Pero el premio máximo se lo lleva Papúa Nueva Guinea: ¡nada menos que 850 lenguas distintas! Lo de «distintas» es totalmente cierto: los hablantes de una no se entienden con los de cualquiera de las otras y no se ha podido demostrar la unidad genética de los numerosos grupos en que las reparten los especialistas; siendo optimistas, habría dos macrogrupos diferentes aunque las clasificaciones habituales hablan de al menos sesenta familias.

Si nos fijamos en el número de hablantes, sólo hay 600 lenguas en el mundo con más de 100.000 hablantes, cifra que se considera la mínima para que no exista peligro de desaparición a medio plazo. Y sólo 200 o 250 lenguas tienen más de un millón de hablantes, son «grandes lenguas»; la lista puede producir alguna sorpresa. Español, inglés, alemán, ruso, francés, chino, portugués, catalán son casos bien conocidos. También el hindi de la India, el bengalí de Bangla Desh (y de la India) y el urdu de Pakistán, así como otras muchas del subcontinente. El malayo-indonesio está también entre las mayores. Pero hay otras con tantos hablantes o más que, por ejemplo, el catalán, el danés o el sueco; entre ellas están el swahili de África oriental y el quechua de los Andes, hablada desde el norte de Chile hasta el sur de Colombia, y bastantes más lenguas en África, Asia y el Pacífico.

Pero lo interesante de la pregunta no es la imposible respuesta, sino por qué no somos capaces de contestarla ni lo seremos nunca. Porque esa imposibilidad nos dice mucho sobre el lenguaje. De esta pregunta incontestable podemos extraer muchas «subpreguntas», como las siguientes:

- (1) ¿Qué es una lengua? (y un dialecto, y todo eso).
- (2) ¿Por qué hay tantas (o: tan pocas)?
- (3) ¿De dónde han salido? ¿Cómo se relacionan unas con otras (si es que se relacionan)?

- (4) ¿Qué sucede con ellas al pasar el tiempo? ¿Desaparecen igual que las especies biológicas y las estrellas? ¿Hay lenguas en peligro?
- (5) ¿Es lo mismo lengua que lenguaje?
- (6) ¿Hay más lenguas ahora que en épocas anteriores, o menos?
- (7) ¿Contamos los lenguajes animales?
- (8) ¿Los niños hablan la misma lengua que los adultos? ¿Cómo la aprenden? ¿Y los hombres y las mujeres?
- (9) ¿Hay lenguas mejores y peores, más o menos primitivas, más o menos perfectas, más y menos puras?
- (10) ¿Cómo cambian las lenguas?

Este libro intentará dar respuesta a la mayoría de estas preguntas, de acuerdo con los conocimientos actuales de la lingüística y de otras disciplinas que colaboran con ella.

¿Qué es una lengua?

Las lenguas que podemos observar varían enormemente. El español y el chino son muy distintas una de otra; el español y el inglés también, pero bastante menos; menos aún el español y el italiano, el español y el gallego, el español de Madrid y el de Huelva, el de Albacete y el de Ciudad Real, el de mi primo y el mío. No hay dos personas que hablen exactamente igual. Incluso una misma persona no habla igual a lo largo de toda su vida, ni en distintos momentos del mismo día.

A menos que definamos de alguna forma lo que es una «lengua», será imposible hacer un recuento. Y si entendemos el término en maneras distintas, los resultados del recuento lo serán también. Un problema es que existe un continuo, una diferenciación gradual, desde la lengua prácticamente idéntica a sí misma que utiliza una persona en su propia casa a lo largo de un mismo día hasta la diferencia radical que separa el español del !kung³. Sin embargo, algo de común queda entre ambas, de manera que en ningún momento llegamos a confundir cualquier lengua humana con cualquier medio de comunicación animal. Ninguna lengua humana que exista o haya existido se parece a nada que no sea otra lengua humana, a cualquier otra lengua humana. Algo hay de común a todas ellas, que las separa de los «lenguajes animales». Más aún: todas las lenguas humanas se parecen bastante entre sí. Una muestra de ello es que resulta posible decir lo mismo en cualquier len-

³ No es errata; se escribe así, con /k/ y es una lengua san del Kalahari.

gua del mundo (diferencias culturales y tecnológicas aparte) como han demostrado a lo largo de la historia traductores e intérpretes, pero resulta imposible traducir cualquier cosa de una lengua humana a un «lenguaje animal».

De modo que las lenguas humanas, pese a sus enormes diferencias entre sí, son esencialmente variantes de una misma cosa, igual que todos los seres humanos somos simples variantes menores de un mismo tipo: por mucho que algunos hablen de razas y que nos veamos distintos, todos somos exactamente una misma especie y el componente genético que nos separa es insignificante; y separa negros de blancos, amarillos, cobrizos, aceitunados y verdes-limón, pero también a los negros entre sí, a los blancos entre sí, etc., etc., etc.; con los seres humanos sucede como con las lenguas, que todos estamos en un continuo de diferenciación que tiene una poderosa base común.

Como tendremos ocasión de comprobar en los capítulos que siguen, esa similitud no se debe a que el lenguaje humano tenga carácter innato o genético: no nacemos con el lenguaje implantado en nuestro cerebro. Se debe, en cambio, a la identidad básica de nuestro sistema cognitivo, nuestro cerebro, y de nuestra experiencia de la realidad, también común en lo fundamental (pero vea los capítulos 10 y 11).

¿Cuántas lenguas hay en España (y otros sitios)?

¿Cuántas lenguas hay en España? Suele hablarse de cuatro (castellano, catalán, gallego, vasco), pero la más completa de nuestras fuentes sobre las lenguas del mundo, el *Ethnologue* editado por Barbara Grimes para el Summer Institute of Linguistics⁴, menciona nada menos que 14: aragonés, bable, vasco, caló, catalán, extremeño, chapurreau, gallego, gascón o aranés, romaní (lengua de unos pocos gitanos en España), quinqui y castellano, más dos lenguas de señas utilizadas por sordos: una castellana, y otra catalana. Seguramente la lista le resultará extraña; puede preguntarse, por ejemplo, por qué se incluye el quinqui y no el cheli; a fin de cuentas, en ambos casos se trata de simple vocabulario nuevo sobre la gramática normal del español. Pero casi lo mismo sucede con el caló. También puede ser usted de los que

⁴ Un importante centro de estudios lingüísticos ubicado en Tejas, surgido para proporcionar instrucción lingüística a misioneros evangélicos en el Tercer Mundo. Gracias a ello no sólo se han hecho innumerables traducciones completas o parciales de la Biblia a infinidad de lenguas, sino que muchos idiomas antes casi desconocidos se han descrito científicamente por primera vez.

piensan que el valenciano o el balear son lenguas distintas al catalán; o podemos pensar que no hay *una* lengua vasca, sino varias; o que el chapurreau, que para Grimes es una lengua mixta de extremeño y gallego-portugués, no debe figurar si no se incluyen otras semejantes, como la mezcla de gallego y castellano que se habla en zonas del oriente gallego o la combinación de aragonés/castellano y catalán del este de Aragón.

¿En qué podemos basarnos para contarlas? ¿En la posibilidad de entendernos? No es tan fácil: muchas veces, los castellanos podemos entender fácilmente el gallego normativo, bastante menos el gallego hablado, menos a menudo el catalán, nunca el vasco. Pero a veces no conseguimos entender a un andaluz o un canario, que «hablan castellano». A veces es más fácil comprender, digamos, a un valenciano (que oficialmente habla otra lengua) que a un andaluz (que oficialmente habla la misma). De manera que en la posibilidad de intercomprensión hay otro continuo, y no siempre nos sirve sin más para hacer las cuentas. En muchas ocasiones, quizá en la mayoría, ese criterio sí es útil, sin embargo: no hay duda de que los hispanohablantes no comprendemos el chino, el inglés, el francés o el !kung, luego son indudablemente lenguas diferentes.

Si salimos de España sucederá lo mismo. ¿Cuántas lenguas hay en Escandinavia? Sueco, noruego, danés y finés. Habría que añadir el lapón (o, más correctamente, *saami*), el carelio, y otras más; pero las dejaremos para no complicar aún más las cosas. Con el criterio de la inteligibilidad, el finés queda aparte. Bien, sigamos. El danés es más difícil de entender por los otros escandinavos... aunque los suecos del sur lo comprenden bastante bien, así como los noruegos de Oslo. Pero suecos y noruegos se entienden aceptablemente entre sí; claro que si es un noruego del este, lo que habla se parece mucho al sueco y no tiene problemas de comprensión; algunos noruegos entienden el sueco mejor que otras formas de noruego distintas a la propia. Y otros entienden mejor a los daneses. De modo que ¿cuántas?

El caso es que la definición de *lenguas distintas* no es una cuestión puramente lingüística. Hasta hace pocos años, por poner otro ejemplo, en lo que era Yugoslavia se hablaban varias lenguas, de las que mencionaré las siguientes que aquí nos interesan en especial: esloveno en el noroeste (la actual Eslovenia), macedonio en el sureste (en la, hoy día, «República Ex Yugoslava de Macedonia»); y serbo-croata en el resto. El serbo-croata estaba formado por dos ¿lenguas? ¿dialectos? ¿variantes?: el serbio y el croata. Aunque usan alfabetos distintos (respectivamente, el cirílico y el latino) y tienen diferencias de vocabulario y algunas pocas más, están tan próximas entre sí que es difícil distinguirlas sin ser especialista. Pero además, tanto el serbio como el croata tienen a su vez sus propias variantes, sus «dialectos».

Pero llegó la desmembración, la sustitución del comunismo por la limpieza étnica. Y ahora el mercado dispone de manuales y diccionarios independientes para croata, serbio... ¡y bosnio! ¿Por qué las admiraciones? Porque nunca se había mencionado una «lengua bosnia». Con tiempo, enemistad y la ayuda de instituciones políticas adecuadas, digamos, de academias de la lengua, será posible llegar a una situación como la escandinava. En vez de una sola lengua serbo-croata (o, si acaso, de «una y media»), ahora tendremos tres: serbio, croata y bosnio. ¿Cómo las contamos? ¿Ha nacido una lengua, o dos, o una y media? Lingüísticamente, sin embargo, nada ha cambiado.

Del ebónico y la cuestión de ¿una o dos?

Desde enero de 1997, un fantasma ha estado recorriendo los Estados Unidos. ¿Es el *ebónico* una lengua, o un dialecto del inglés? El nombre *ebónico* no lo encontrará en ninguna enciclopedia ni libro de lingüística. Es la nueva denominación, políticamente correcta, de lo que tradicionalmente se llama *Black English*, «Inglés Negro», el inglés usado por quizá la mayoría de los negros (o afroamericanos) de los Estados Unidos. El tema surgió cuando la ciudad californiana de Oakland razonó:

Los niños negros tienen en la escuela los peores resultados de cualquier grupo étnico. No hablan inglés estándar, sino ebónico. En consecuencia no entienden, o entienden mal, muchas de las explicaciones de sus profesores y tampoco saben expresarse oralmente o por escrito en forma socialmente aceptable. Lo mismo les sucede a los niños hispanos, chinos, vietnamitas, etc., pero a éstos se les enseña inglés, se tiene en cuenta que hablan lenguas distintas del inglés y que tienen que aprender de manera diferente a como lo hacen los niños de lengua inglesa. El ebónico, además, no es simplemente «inglés mal hablado», ni un dialecto del inglés, sino una lengua distinta, inglés hablado de acuerdo con las estructuras propias de las lenguas de África occidental, y posee en consecuencia un carácter «genético».

Y decidieron:

Los profesores tratarán a los niños negros como hablantes de una lengua distinta al inglés; hay que proporcionar a los niños, en consecuencia, instrucción especializada para que aprendan inglés estándar;

y también hay que instruir a los profesores para que conozcan el ebónico y sepan enseñar el estándar.

Esta decisión ha hecho correr riadas de tinta y cataratas de saliva en periódicos, radios, televisiones y foros variados de todo el país, y el Senado ha abierto una investigación. La discusión hace furor y todo el mundo opina. Incluso, en un segundo o tercer plano, los lingüistas (el principal experto local sobre ebónico es profesor de antropología, gerontología y salud pública en un *College* de la ciudad de Oakland. No bromeo).

El tema es demasiado complejo para tratarlo aquí en profundidad porque inciden problemas relativos a la etnicidad, la situación social y económica de la mayoría de afroamericanos y otros muchos factores: pedagógicos, políticos, culturales... Un aspecto más, al que sin embargo se ha concedido una importancia extrema, es el de si el ebónico es un dialecto del inglés o una *lengua distinta*. El tema no nos resulta demasiado lejano en España, donde considerar algo «lengua» o «dialecto» ha estado cargado de connotaciones políticas, sociales, culturales, nacionales... Si algo es una *lengua* parece más serio que si es un *dialecto*, y la existencia de una «nacionalidad» es fruto, en buena medida, del hecho diferencial de poseer una lengua (pero no un dialecto).

Las diferencias entre el inglés estándar y el ebónico son considerables: pronunciación, incluyendo ritmo y entonación, vocabulario, morfología, sintaxis muestran diferencias a veces radicales respecto al inglés norteamericano estándar. ¿Es una lengua distinta? Es imposible decidir sin que intervengan al momento criterios no lingüísticos. ¿Hasta dónde han de diferir dos formas de habla para ser lenguas distintas?

En algunos aspectos, la discusión llegó a niveles tales que la ciudad de Oakland tuvo que modificar parte de su decisión original: lo referente, sobre todo, al carácter «genético» del ebónico. No llegaron a cambiar eso de las estructuras africanas reflejadas en el ebónico, aunque deberían haberlo hecho; es una afirmación injustificable lingüísticamente aunque muy adecuada si lo que se quiere es resaltar el africanismo de la cultura negra norteamericana. Con todo esto ¿contamos el ebónico aparte del inglés? ¿Son dos lenguas diferentes?

La lengua: un dialecto con ejército

Hay quien ha dicho, y se ha repetido miles de veces, que una «lengua» no es más que «un dialecto con ejército»: si Suecia, Noruega, Dinamarca, Bosnia,

Croacia, Serbia, son países independientes, cada uno con su ejército, «debe tener» cada uno su propia lengua. Aunque esa afirmación tiene que matizarse mucho, en el fondo es muy verdadera: algo es «una lengua» por motivos sociales y políticos, no lingüísticos. Y aquí vuelve a aparecer un problema: los lingüistas utilizamos el término *lengua* en forma muy diferente a como lo usa la mayoría de la gente, incluyendo a los medios de comunicación. Confío en que este libro le ayude a aclararse un poco al respecto (aunque, a decir verdad, tampoco los lingüistas somos perfectamente sistemáticos en el uso de términos como éstos).

De manera que se mezclan las cosas: que !kung y samoano son dos lenguas distintas es algo establecido por los lingüistas independientemente de otras consideraciones, y resulta evidente: ni se entienden entre sí ni están emparentadas ni se han influido mutuamente. Que catalán central y valenciano son dos lenguas es una cuestión puramente política, no lingüística. Si se decide que inglés estándar norteamericano y ebónico son dos lenguas distintas, se hará igualmente con criterios políticos y tendrá consecuencias político-económicas: por ejemplo, que para garantizar el aprendizaje del inglés estándar por los niños afroamericanos habrá que dotar de fondos adicionales a las escuelas y otorgar formación, consideración y paga especiales a los maestros encargados. El tema está claro: ¿quién decide? No una comisión de lingüistas, sino el Senado de los Estados Unidos, una institución política.

Si seguimos por el mundo adelante, continuaremos con las mismas dificultades en todas partes. En Indonesia se hablan muchas lenguas pero la oficial es el indonesio, el *bahasa Indonesia* o «lengua de Indonesia», derivada del malayo hablado en Malasia y Singapur. ¿Son dos lenguas distintas? El siglo XIX por estas fechas no había duda: eran, efectivamente, la misma. Hoy día hay ciertas diferencias en todos los aspectos, desde el vocabulario a la pronunciación y la gramática, en parte porque muchos neologismos del indonesio proceden del neerlandés mientras que en malayo se derivan del inglés. Lo cierto, sin embargo, es que quien entiende una entiende la otra prácticamente sin ningún esfuerzo. Las diferencias son si acaso un poco mayores que las existentes entre el valenciano y el catalán central. ¿Dos lenguas? Como en el caso de catalán y valenciano, la tradición literaria que ambas lenguas reclaman para sí (en buena armonía) es común a las dos.

En resumen, partiremos de la idea de que hay entre 5.000 y más de 6.000 lenguas en el mundo, aunque sin olvidar nunca los problemas mencionados.